



CAPITULO XV

Regreso del general Calleja.—Su llegada á la Coruña.—Declaraciones del ex-gobernador general de Cuba.—Notorias contradicciones.—«Ni quito ni pengo rey...»—Juicios y comentarios.—Historia militar del teniente general don Emilio Calleja.—Prisión en Guantánamo del corresponsal del *New York World*.—Encuentro y muerte del cabecilla M. Ramirez.—Suena la beligerancia.—Salvajadas filibusteras.—Indignación en la Península.



NUNCIADO el regreso á la península del Gobernador general *dimisionario* de Cuba, general Calleja, era esperada la llegada del vapor que le conducía al puerto de la Coruña con gran ansiedad por sus deudos y amigos y por todos los españoles, ávidos de oír de sus autorizados labios las impresiones que traía respecto al movimiento insurreccional en la isla y al curso y estado de la campaña separatista.

El día 20 de Abril á las cuatro de la tarde, según había comunicado al Gobierno el general segundo cabo de la Habana, señor Arderius, embarcóse en aquel puerto el general Calleja, haciéndosele los honores militares correspondientes á su gerarquía, y siendo despedido por autoridades, corporaciones y personas de todas las clases sociales de la capital de Cuba.

El día 2 de Mayo llegó á la Coruña el ex-gobernador general de la Gran Antilla y recibió la visita de un redactor de *La Voç de Galicia*, con quien celebró una larga entrevista, en la que el general Calleja hizo las siguientes declaraciones, publicadas al otro día por dicho popular diario.

«El ex gobernador general de Cuba atribuye las causas determinantes de la insurrección á la tremenda crisis económica por que atraviesa la isla, en la que se dá el caso de haber braceros que trabajan sólo por la comida.

»Esta situación la explotaron los incansables laborantes residentes en Haiti, Tampa, Cayo Hueso, Costa Rica y Nueva York. Además, la escasez de fuerzas intranquilizaba al pueblo, creando un estado moral favorable á la insurrección.»

No cree que se extienda la insurrección al Camagüey, circunscribiéndose tan solo á la parte Oriental.

El general dijo que conocía de antiguo los trabajos preparatorios de la insurrección, teniendo noticias constantes de cuanto se tramaba dentro y fuera de Cuba.

«Desde la intentona de la isla Fernandina, tres meses antes de estallar el movimiento insurreccional en la Gran Antilla, siguió de cerca la conspiración, sabiendo que debía estallar la rebelión el 24 de Febrero, siendo esto tan cierto, que el día anterior 23 puso en vigor, por telégrafo, en toda la isla, la ley especial de orden público.

»Esta medida causó general sorpresa, aunque se atribuyó á la necesidad que había de imponerse al bandolerismo, cuando en realidad obedecía tan solo al conocimiento que tenía de los planes y proyectos de los separatistas.

»Conocía el propósito de los laborantes y conspiradores de producir el levantamiento simultáneamente en seis provincias; pero éste quedó circunscripto á Santiago de Cuba y á las partidas de García,

Marrero y Matagás, en Matanzas y Santa Clara, toda; las cuales habían sido por él vencidas.

»El general dijo *que tenía á su lado los principales cabecillas de la pasada guerra* faltando solo al compromiso que con él tenían, Masó, Banderas, Sanguily, Guillermón y Gualberto Gomez, á los que mandó prender antes del 24 de Febrero, *sin que pudiera cumplirse la orden.*

»Insistió mucho el general Calleja en que había enviado su dimisión el mismo día en que se le notificó el cambio de Gobierno, y en que diariamente telegrafaba la verdad de lo que ocurría á los ministros de la Guerra y de Ultramar, teniéndoles al corriente del número y fuerza aproximada de las partidas.

»Por último, declaró que no contaba con fuerzas suficientes para prevenir la insurrección, y menos para dominarla, pues solo tenía quince batallones de *seiscientas* plazas cada uno, que luego fueron reforzados por *cuatro mil doscientos quintos.*

»Estas fuerzas eran insuficientes para guarnecer los poblados, siendo además imposible la vigilancia de *quinientas* leguas de costa con *siete malos cañoneros*, únicos disponibles de los *trece* que existían á la sazón en Cuba.»

Estas fueron las francas declaraciones hechas por el ex gobernador general y ex capitán general de Cuba, en su entrevista con el redactor de *La Voz de Galicia*, al desembarcar en el puerto de la Coruña de retorno de la Gran Antilla.

* * *

No somos nosotros los llamados á juzgar la conducta observada por el general Calleja con los separatistas cubanos, ni los medios de que se valió y puso en acción para sofocar el movimiento insurreccio-

nal en la mayor de nuestras Antillas; pero sí hemos de llamar la atención de nuestros lectores y consignar en estas páginas, las notorias contradicciones que se observan entre las precedentes declaraciones del ex-gobernador general de Cuba á su regreso á la Península, y sus manifestaciones á raíz del alzamiento, ó sea, en los primeros días de Marzo, comunicadas en despacho oficial al Gobierno, desde la Capitania general de la Habana.

He aquí la opinión emitida por el general Calleja y por él comunicada al Ministro en aquella fecha, respecto al movimiento separatista iniciado el 24 de Febrero en el poblado de Baire.

«Adoptando providencias rápidas y enérgicas—dijo en su comunicación el señor Calleja—hemos sofocado en seis días el alzamiento en Matanzas. Nunca hemos dudado del resultado.

«La partida del bandido Matagás en Colón, Jagüey y Santa Clara, que se ha dicho asciende á *doscientos* hombres, se formó por levadas forzosas.

»Su gente, al declararse en fuga en el primer encuentro con las tropas que mandé en su persecución, apenas llegaba á *setenta* hombres.

«En Santiago, la situación es más grave, pero se está trabajando para llegar á un acuerdo pacífico y esperamos *que todo se arreglará* sin efusión de sangre.

»Mi opinión personal es que, *la perturbación se extinguirá por falta de combustible.*

»Los antiguos jefes del separatismo son, *al parecer*, fieles al Gobierno: el único jefe que tenían los insurrectos en Manzanillo, es viejo y no sirve para el caso; el otro Rabí, está en Santiago; los demás son *leales...*

»Los separatistas con armas—concluía afirmando el general Calleja—disminuyen cada día y muchos han regresado ya á sus casas.»

Estas son las palabras del gobernador general de Cuba, trasmiti

das por el cable al Gobierno y copiadas fielmente de sus telegramas, para que nuestros lectores puedan comprobarlas con sus declaraciones de la Coruña.

Como Beltrán de Duguesclin, ni quito ni pongo rey, es decir, ni nombro ni destituyo gobernadores, ni creo ni destruyo reputaciones y famas, pero ayudo á la verdad en cumplimiento de mi deber de historiador imparcial y desapasionado, como aquél ayudó á su señor, cumpliendo su deber de servidor y fiel vasallo.

* * *



CABECILLA ZAMBRANA

Motivo de innúmeros y apasionados comentarios fueron las declaraciones del ex-gobernador y ex-capitán general de Cuba—no rectificadas por nadie, aun después de publicadas por la prensa de Madrid—y, á decir verdad, fueron objeto de acerbas censuras su imprevisión y apatía, su confianza y optimismo y sobre todo su inexplicable y paladina confesión de haber tenido á su lado á los cabecillas insurrectos, y la de haber aguardado el día 26 á tomar medidas para sofocar el movimiento que debía estallar el siguiente día 24.

Nosotros, empero, haciendo justicia á las dotes de caballerosidad y de hidalguía españolas del general Calleja y á su buena intención,

de la que nunca hemos dudado, creímos y seguimos creyendo á fuer de imparciales, que los filibusteros abusaron de su buena fé, puesto que teniéndolos á su lado, pagando sueldos á algunos, los más, y dando carrera á uno de ellos, le traicionaron y se marcharon á la insurrección.

No de otro modo se explica la conducta incomprensible y extraña de la primera autoridad de Cuba frente al movimiento separatista en germen y latente durante la época de su mando en la isla.

Ningún motivo había para desconfiar del general Calleja ni para dudar de sus dotes y aptitudes político militares.

El teniente general don Emilio Calleja era un hombre práctico: así lo reconocían generales de prestigio y compañeros en guerras pasadas.

El general Calleja puede decirse que había pasado su vida en la Gran Antilla, y pocos podían por lo tanto conocer tan á fondo las circunstancias de aquella isla, que gobernaba por segunda vez, como el general que, en su primer período de mando, cuando la dimisión de Fajardo en 1886, dió pruebas evidentes y palmarias de haber comprendido y penetrádose bien de la índole del país, y de saber gobernarlo con gran tacto.

* * *

Don Emilio Calleja é Isasi procede del arma general de infantería, en cuyo cuerpo sirvió hasta alcanzar el empleo de capitán.

En 1857, el capitán Calleja pasó á prestar sus servicios á las Antillas, después de haber ingresado en el cuerpo de infantería de marina, que por entonces acababa de organizarse.

Cuando la anexión de Santo Domingo, pasó á una de las guarniciones de aquella isla, con el empleo de comandante.

Durante toda aquella campaña tuvo ocasión de distinguirse y se distinguió peleando denodadamente contra los insurrectos separatistas en gran número de sangrientas y gloriosas acciones.

En 1867 se trasladó con el batallón que tenía bajo su mando á Puerto Rico, donde eficazmente contribuyó al restablecimiento del orden, gravemente alterado por la sublevación de Lares.

De allí pasó á la Habana, de donde después de breve estancia regresó á la Península, hasta que en 1896 fué destinado otra vez á Cuba á combatir las huestes separatistas de la pasada guerra.

En la isla permaneció tres años dando pruebas de su valor y pericia en cien encuentros, y al estallar el movimiento cantonal en la Península, ascendido ya á brigadier, el señor Calleja vino á España, donde á las órdenes del general Lopez Dominguez fué destinado á operar contra los cantonales cartagenos.

Ascendido al empleo de mariscal de campo, (general de división), y condecorado con la gran cruz del Mérito Militar, pasó al ejército de operaciones en el Norte, encargándose del mando de una división hasta la terminación de la guerra carlista.

Nombrado luego segundo cabo y gobernador de la provincia de la Habana, marchó de nuevo á Cuba, donde secundó admirablemente y con gran acierto los planes y disposiciones de los gobernadores generales señores Martinez Campos y Jovellar, hasta la capitulación del Zanjón.

En aquella época desempeñó varias veces, aunque con el carácter de interinidad, el mando superior de la isla, además de la jefatura militar de diferentes provincias, que obtuvo en diversas ocasiones.

De regreso á la Península y ascendido á teniente general, fué nombrado capitán general de Andalucía, primero, y más tarde de Castilla la Vieja, de donde pasó á la Capitanía general de Cuba.

Esta es, á grandes rasgos, la historia militar de don Emilio Calleja

é Isasi, gobernador general de la Gran Antilla al estallar ia actual insurreccion separatista.



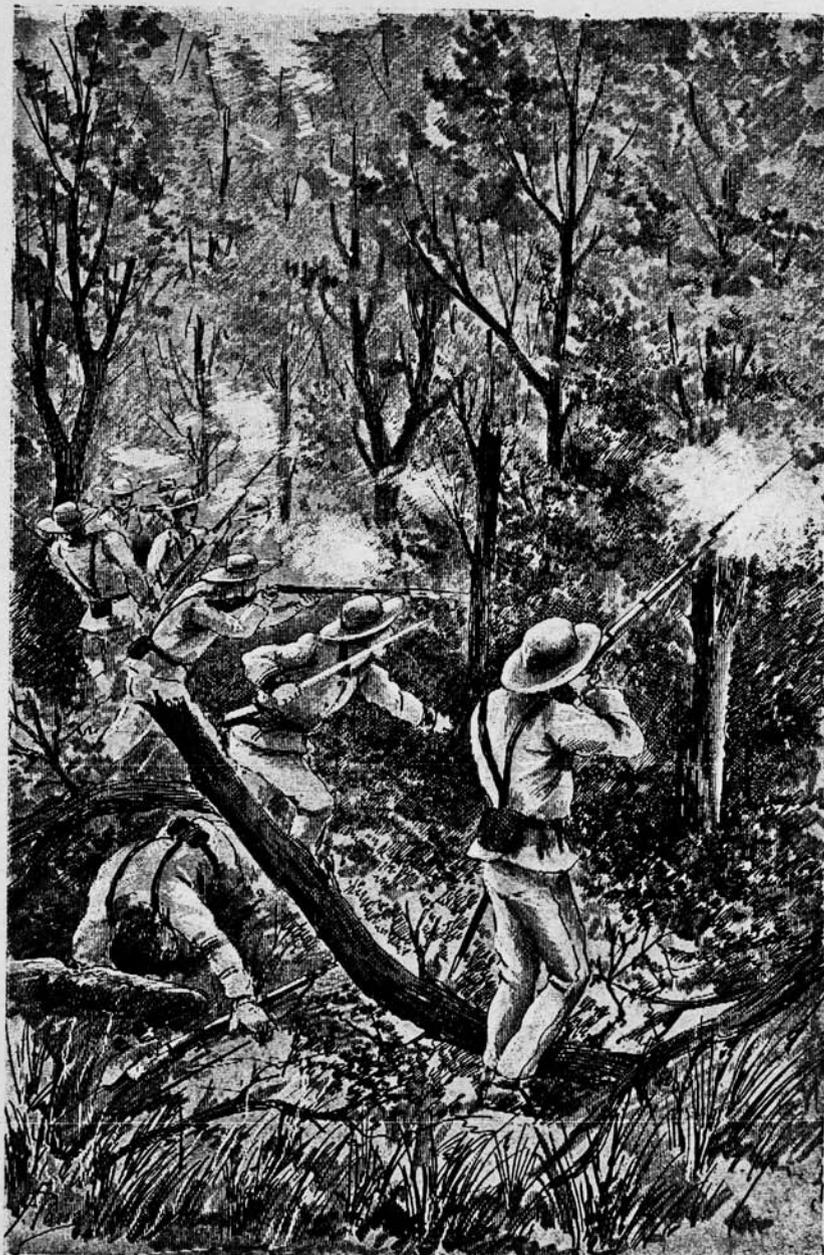
Mientras los desahogados y nada aprensivos *yankees* del *New York Herald* nos venían con la monserga de los interviews á nuestros



Alcanzada la retaguardia de nuestra columna... (pág. 228)

prohombres políticos, se recibió de Cuba el día 3 un telegrama particular dando cuenta de que en Guantánamo había sido preso el corresponsal del *New York World*.

El aprovechado y diligente *reporter* norte-americano, llamábase Fuentes, y más que corresponsal del periódico neoyorkino era un activo propagandista del separatismo cubano, que se valía de la profesión de periodista para hallar fácil acceso á todos los centros donde podía



LUCHA DESESPERADA EN LA MANIGUA

recoger informaciones que pudieran convenir á los laborantes, de los cuales era un agente asalariado, y los rebeldes pudieran utilizar.

Esta noticia hizo pensar en si el director y el redactor del *New York Herald* serían también agentes asalariados de los laborantes cubanos y habrían venido á España á hacer propaganda separatista entre nuestros políticos.

Según otros despachos del propio día 3, había habido un encuentro entre un destacamento de nuestras tropas y la partida que mandaba el cabecilla Marcos Ramirez, el cual había muerto en la refriega.

En otro telegrama nos comunicó nuestro corresponsal la siguiente noticia:

«Según dicen desde Albany, la Asamblea de representantes del Estado de Nueva York, que como es sabido celebra sus sesiones en la ciudad citada, ha adoptado una resolución en que expresa sus simpatías hacia los cubanos rebeldes, y pide al Presidente de la República, mister Cleveland, que adopte las medidas necesarias para reconocer como beligerantes á los insurrectos de la Gran Antilla.»

Esta fué la primera vez que con alguna resonancia se oyó hablar de la después tan cacareada y asendereada beligerancia en favor de las hordas de bandoleros é incendiarios de Cuba.

Muchos fueron los que en aquella fecha se rieron de la noticia, por considerarla destituida de todo fundamento, y sobre todo, por lo estúpida que resultaba ante el derecho internacional; pero no habían pasado ocho meses cuando ya la pedía oficialmente la Comisión informadora de las Cámaras norte-americanas.

* * *

Penosa impresión é indignación profunda causó en la Península la triste noticia recibida en Madrid, el día 4, de las salvajadas cometidas en la isla por los filibusteros.

Según informes de nuestros corresponsales los insurrectos habían empezado á cometer actos de salvajismo y barbarie, propios tan solo de caníbales y hotentotes sin contacto alguno con naciones civilizadas.

Referían nuestros informantes, que el licenciado de la guardia civil don Miguel Laureda, que vivía en el poblado del Blanquizal, donde poseía una bodega, fué sorprendido la noche del 11, por veinte hombres de la partida que mandaba Juan Massó.

Laureda fué atado y conducido á la sabana de los espinales de *Palmas altas*, donde el desventurado sufrió una horrible muerte á machetazos, habiendo antes sufrido crueles martirios, y entre miles lamentos cometieron con él actos de una crueldad tan refinada, que el pudor y la pluma se resisten á citar por decoro, dejándolo luego amarrado é insepulto.

Decían también que aquellos bandidos habían dado igual muerte á un tal Iglesia y á otro licenciado del poblado de Bueyecito.

Y que en el barrio de Vicana asesinaron á don Manuel Reitor, persona de edad y achacosa, que en la guerra pasada prestó al Gobierno muy buenos servicios al frente de una guerrilla, por lo que fué nombrado comandante de milicias.

Estas tristes noticias alarmaron de tal suerte á la opinión, que unánime pidió el inmediato envío de refuerzos al teatro de la guerra para castigo de las hordas salvajes que infestaban la manigua, y defensa y protección de nuestros hermanos en la isla.

España entera protestó indignada de esos actos de salvajismo cometidos por los que se titulaban *libertadores* y *salvadores* de Cuba, y lloró con sus deudos la trágica muerte de aquellos honrados patriotas

que no habían cometido otro delito que conservar incólume en sus corazones su inquebrantable amor á la madre patria y su fidelidad á la bandera, que en su infancia vieran flamear en la torre ó campanario de la villa, pueblo ó aldea españolas donde nacieron.

¡Execración eterna á sus cobardes y viles asesinos, y santa paz y sempiterna gloria en la mansión celeste á sus almas!

